

Analogías

LA IGLESIA CATÓLICA

1. --La Iglesia católica es la sociedad de los verdaderos cristianos, o sea de los bautizados, que profesan la fe y la doctrina de Jesucristo, participan de los Sacramentos y obedecen a los pastores por Él establecidos.

Todos saben qué es una sociedad: es una reunión de individuos bajo una cabeza, para obtener un fin especial, cuyos miembros deben observar un reglamento dictado por quien tiene en ella el derecho de mandar. Así, el ejército es una reunión o sociedad de todos los soldados esparcidos por la nación, los cuales observan un mismo reglamento militar y están sujetos a un mismo soberano. El Estado, la nación, es la sociedad de unos millones de individuos, que observan el mismo código, hablan la misma lengua oficial y reconocen a un mismo rey o presidente. La Iglesia es también una sociedad: es la sociedad fundada por Jesucristo, integrada por todos los hombres bautizados que profesan la fe y la ley cristianas bajo el gobierno del Romano Pontífice y de los demás pastores legítimos, para obtener el gran fin de la salvación eterna.

La Iglesia, dice San Clemente Alejandrino, es como una nave cuyo objeto es transportar viajeros a través de las olas del mar, desde diversos lugares y regiones a la ciudad donde reina la felicidad eterna. La ciudad es el cielo; el mar, este mundo, la nave, la Iglesia; el jefe invisible dueño de ésta, Jesucristo; el capitán visible establecido por el jefe invisible, el Romano Pontífice; los marineros -subdivididos en diversos grados-, los obispos, los párrocos y demás sacerdotes; los viajeros, los simples fieles; los vientos que levantan tempestades en ese mar y amenazarán hundir la nave de la Iglesia, las herejías, los cismas y las persecuciones de los impíos; la enseña de la nave, la cruz; el áncora, la fe, fundamento de toda esperanza. En esta sociedad se encuentra todo cuanto es necesario para realizar fácilmente el viaje temporal, o sea todos los medios de salvación establecidos por Jesucristo y confiados a la Iglesia, a fin de que, cuantos a ésta pertenecen, puedan conseguir su fin, esto es, puedan ponerse a salvo para siempre en el puerto seguro del cielo, donde Jesucristo los espera para ser su premio y su felicidad.

2. — El Papa es el sucesor de San Pedro: es, por tanto, la cabeza visible de toda la Iglesia, el Vicario de Jesucristo, la cabeza visible.

En el mundo no puede haber una sociedad de hombres que no tenga una cabeza. Como en la familia preside el padre, en el ejército el general, en el reino el rey, etc., así quiso Jesucristo que su Iglesia -la sociedad más grande y más perfecta que existe en la tierra- tuviera una cabeza visible que la mantuviese unida y compacta y guiase a los fieles al logro de la felicidad eterna. Mientras vivió en este mundo, Jesús mismo era la cabeza visible de la Iglesia; pero después de su ascensión al cielo se hizo invisible; ya no vemos

con nuestros ojos su persona ni oímos sus palabras con nuestros oídos. Actualmente sigue siendo, pues, la cabeza invisible de la Iglesia. Como tal la guía y la dirige invisiblemente según su divino beneplácito. Mas, para que hiciera visiblemente sus veces, le representara ante los hombres y ocupara su lugar, constituyó al apóstol San Pedro cabeza visible de la Iglesia. Mientras vivió San Pedro, fue, pues, vicario, representante y lugarteniente de Jesucristo.

A su muerte, la Iglesia no podía quedar sin jefe; la autoridad de Pedro debía pasar a sus sucesores. En efecto, Jesucristo fundó la Iglesia para la salvación de los hombres de todos los tiempos. Esa debe, en consecuencia, durar hasta el fin del mundo. Mas ¿cómo podrá durar sin cabeza, siendo así que ninguna sociedad, por pequeña que sea, puede subsistir sin alguien que la rija y gobierne? Cuando muere un rey, se le asigna en seguida un sucesor, pues de lo contrario el reino perecería. ¿Y cómo podría subsistir una casa sin cimientos o un rebaño sin pastor? Pues bien, fundamento y supremo pastor visible de la Iglesia es San Pedro; por consiguiente, debe vivir por todos los siglos. Mas, como San Pedro está corporalmente muerto, es necesario que sobreviva su autoridad pasando a sus sucesores. En este sentido cabe decir que Pedro, como cabeza de la Iglesia, no muere nunca, sino que continúa viviendo hasta el fin del mundo en la persona de sus sucesores. -Ahora bien, no podrá ser otro el sucesor de San Pedro que aquel que, al morir éste, pasara a ocupar la sede vacante, sede que fue precisamente la de Roma, donde Pedro murió crucificado por orden del cruel emperador Nerón. Así, pues, el obispo de Roma, o sea el Romano Pontífice, es el sucesor de San Pedro y, por tanto, la cabeza visible de la Iglesia, el vicario de Jesucristo.

(Rosati)

Aunque nos consta que Dios gobierna el mundo, no dejaríamos de tachar de necio a quien se empeñara en sostener que una nave sin piloto puede entrar segura en el puerto, que un ejército sin capitán puede obtener la victoria, que un remo sin gobierno puede subsistir y prosperar. Así también, aunque Jesucristo como cabeza invisible guíe la barca de su Iglesia, no lo hace sin servirse de la mano de un piloto por Él elegido; aunque conduzca los suyos a la victoria, no lo hace sin valerse de un experto caudillo; aunque mantenga su reino, lo difunda y lo rija, no lo hace prescindiendo de su vicario visible, el Papa.

(Deharbe)

Los más antiguos monumentos eclesiásticos representan a San Pedro como príncipe de los Apóstoles y jefe de la Iglesia. Entre los más notables se cuenta una lámpara de bronce hallada en las excavaciones practicadas en el monte Celio y guardada en el Museo Medici. Esa lámpara, en forma de barca, representa a San Pedro sentado en la popa y empuñando el timón, y a San Pablo, de pie en la proa, con la mano derecha más elevada que la izquierda en actitud de hablar, conforme al título de Príncipe de la palabra que le dan los Hechos de los Apóstoles. Escipión Maffei, dirigiéndose a Benedicto XIV, le decía: —Este monumento ¿no tiene acaso, en orden a establecer el primado

de San Pedro sobre toda la Iglesia, el valor de un libro elocuente compuesto en los tiempos antiguos?

(Schmid)

(Enciclopedia Catequística de Símbolos y analogías, Ed. Litúrgica Española, Barcelona, 1950)